

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

1, 6, 7, 14 de enero de 2024

MD 2024/01

AÑO NUEVO DE LA MANO DEL SEÑOR

Hace unas semanas que iniciamos un nuevo año litúrgico; ahora iniciamos un nuevo año civil con esperanza, no sin incertidumbres, dudas y miedos, pero confiados en Dios. Y lo hacemos estos primeros días con el eco todavía de la Navidad, con la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, la festividad más antigua que celebramos de la Virgen María, donde recordamos su maternidad, como Madre del Salvador y, como decimos en la oración de después de la comunión, como Madre de la Iglesia, siguiendo esta bella invocación del papa san Pablo VI en el Concilio Vaticano II.

De la mano de María contemplamos en el silencio tranquilo el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, Jesucristo, el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Y seguidamente, celebraremos con gozo la otra gran solemnidad del tiempo litúrgico de la Navidad, la Epifanía del Señor, el día popularmente conocido como «de Reyes», donde celebramos que aquel niño que nació pobre y humilde en Belén de Judá es el Dios hecho hombre, manifestado a todos los pueblos de la tierra, simbolizado por los sabios de Oriente, que expresan la universalidad y que el mensaje de la Buena Nueva del Evangelio debe extenderse por toda la tierra.

Y terminaremos este ciclo de Navidad con la festividad del Bautismo del Señor, otra manifestación del Hijo de Dios en el inicio de su ministerio en Galilea, como Cristo, como el ungido del Señor, enviado a anunciar a todos los pueblos la salvación de Dios. Son días seguidos e intensos que debemos procurar vivir con gozo, preparando bien y de manera cuidadosa y solemne las celebraciones litúrgicas, para que sean un rocío que viene del cielo, donde el Señor mismo derrama su gracia sobre nosotros para que vivamos también el gozo de la salvación a la que hemos sido llamados. Y que en este año nuevo 2024 que empezamos, pidamos al Señor que procuremos trabajar y vivir en paz, en bienestar, con esperanza, bien unidos al Señor.

Santa María, Madre de Dios
Epifanía del Señor
Bautismo del Señor / B
D. 2 del tiempo ordinario / B



JOSEP TEIXIDÓ CUENCA

El día de la Epifanía, después del evangelio (o bien en otro momento idóneo, como por ejemplo en el silencio después de la comunión), se puede proclamar el anuncio de la Pascua y de las demás festividades del año que aquí publicamos. Si se hace después del evangelio, puede efectuarse así: terminado el evangelio, se repite el canto del aleluya y, entretanto, sube un lector al ámbón y, terminado el aleluya, proclama el anuncio.

En algunos lugares, además, se acostumbra a colgar este anuncio en la puerta de la iglesia desde Año Nuevo hasta el domingo anterior a la Cuaresma: para ello, simplemente, habrá que ampliar esta hoja para que se lea bien (quitando, claro está, esta nota previa); también se puede repartir como una estampa.

La gloria del Señor se ha manifestado en Belén
y seguirá manifestándose entre nosotros,
hasta el día de su retorno glorioso.

Por eso os anuncio con gozo, hermanos y hermanas,
que así como nos hemos alegrado en estas fiestas
de la Navidad de nuestro Señor Jesucristo,
nos alegraremos también en la gran celebración pascual
de la Resurrección de nuestro Salvador.

Así pues, sabed que este año
la ejercitación de la Cuaresma,
que nos prepara para la Pascua,
comenzará el día 14 de febrero, Miércoles de Ceniza,
y del 28 al 30 de marzo celebraremos con fe el Triduo Pascual
de la muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesús.

El día 31 de marzo será la Pascua,
la fiesta más grande del año.
Y al cabo de cincuenta días,
como culminación de la cincuentena pascual,
el domingo 19 de mayo,
celebraremos la solemnidad de Pentecostés,
el don que Jesús resucitado hace a su Iglesia:
su Espíritu Santo.

Cada domingo nos reuniremos para celebrar la Eucaristía
conmemorando la resurrección del Señor,
y veneraremos también la memoria de la Virgen en sus fiestas,
y de tantos hermanos santos y santas
que nos acompañan en nuestro camino.

Y ya al finalizar el año, el día 1 de diciembre,
iniciaremos un nuevo año litúrgico
con la celebración del domingo primero
del Adviento de nuestro Señor Jesucristo.
A él todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.

ASAMBLEA SINODAL EN MISIÓN

En la ceremonia de apertura de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos en el Aula Pablo VI, el pasado 4 de octubre, el papa Francisco dio la bienvenida a los más de cuatrocientos participantes, expertos y facilitadores. Esta asamblea episcopal de carácter consultivo, es una expresión de la Iglesia. Según el Santo Padre, «caminar juntos es la naturaleza y la misión de la Iglesia». El Sínodo muestra al mundo la relación de la misma con el Espíritu Santo. Sin duda, una oportunidad para convertirse en una comunidad de la escucha, cercanía y compasión. Como Pueblo de Dios, acogiendo a todos, se deja que los diferentes asuntos salgan a la luz en el diálogo, sin miedo o justificaciones.

En esta asamblea, el aula sinodal mostró una disposición diferente a la de otros sínodos precedentes. Se ha abandonado el formato de anfiteatro y adoptado el uso de mesas redondas, en las que doce personas se sentaron una al lado de la otra: obispos, sacerdotes, religiosos y laicos. La presencia de los miembros no obispos es memoria de un proceso de escucha y discernimiento que ha involucrado al Pueblo de Dios. Se agrupaban normalmente por las lenguas comunes en las que podían comunicarse, para poder dialogar y discernir



juntos. El relieve del Cristo Resucitado de Nervi y el icono de la *Salus Populi Romani* han presidido la «nueva» Aula del Sínodo, donde han tenido lugar los círculos menores (reuniones grupales) y las congregaciones generales (plenarios). Asimismo, ha variado la metodología con la conversación en el Espíritu. El cardenal Schönborn declaró en rueda de prensa: «Debo decir, claramente, que por la metodología y el desarrollo general es el mejor que he experimentado. Ya el hecho de la disposición en la que nos encontramos en el Aula significa mucho».

Una forma de ser

Muchas personas a lo largo del mundo están pendientes de los resultados o frutos de este Sínodo. Estamos en un proceso que aún no ha culminado, no obstante, los participantes han escrito una Carta al Pueblo de Dios, un mensaje que alienta a seguir adelante: «Esperamos que los meses que nos separan de la segunda sesión, en octubre de 2024, permitan a cada uno participar concretamente en el dina-

mismo de la comunión misionera indicada en la palabra sínodo».

Para esa participación, sin duda, hemos de ahondar en el texto principal emanado de la Asamblea, el Informe de Síntesis: «Hacia una Iglesia sinodal en misión». No se puede interpretar como un documento final, sino más bien, una herramienta —o documento transitorio que prepare la Asamblea General de octubre de 2024— al servicio del discernimiento permanente. Está estructurado en tres partes: la primera, «El rostro de la Iglesia sinodal»; la segunda, «Todos discípulos, todos misioneros»; y la tercera parte lleva por título «Tejer lazos, generar comunidad». En cada una de las tres partes, cada capítulo recoge las convergencias, los temas de reflexión y las propuestas surgidas del diálogo, preparando el camino para el trabajo que comprometerá a la Iglesia, a todos los niveles, en la próxima fase. Siguiendo con la imagen utilizada en algunas ocasiones por el padre Timothy Radcliffe, acompañante espiritual de la Asamblea, se trata más bien de captar, entre las muchas palabras y propuestas contenidas en el Informe, lo que parece una semilla portadora de futuro.

Como decíamos, se ha valorado muy positivamente la metodología y la organización. Una metodología, siguiendo la conversación espiritual, que posibilita que todos puedan participar, tanto en el Aula como en los círculos menores. Quizá esta conversación en

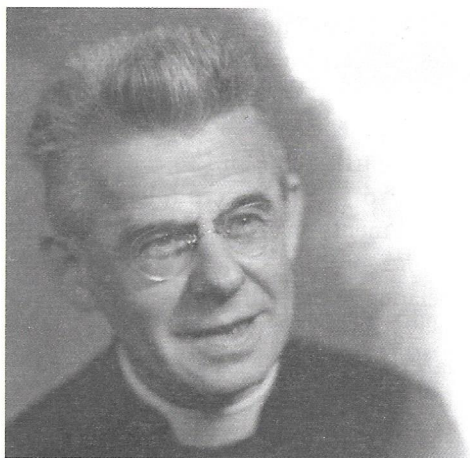
el Espíritu se pudiera introducir poco a poco en nuestras parroquias y comunidades. Asimismo, el que hubiera diferentes presidentes delegados, con lo cual las sesiones eran conducidas por personas distintas, cada una con su estilo y siguiendo las pautas marcadas en el reglamento. Eso daba sensación de que la manera de liderar el Sínodo es sinfónica. El director del coro, el Papa, estaba sentado al lado, en una mesa redonda, atento, escuchando e interviniendo cuando lo consideraba oportuno. Desde el principio ha dejado claro que el protagonista del Sínodo es el Espíritu Santo (¡tomemos nota!).

El final de la primera sesión de la Asamblea no significa en modo alguno la conclusión del camino sinodal. Al contrario, estamos llamados a seguir viviendo la sinodalidad a nivel local, no solo preparando la segunda sesión del año próximo, sino desde ahora como una forma de ser. Quizá una pregunta que podríamos hacernos es la siguiente: ¿Cómo podemos introducir el dinamismo sinodal en los procesos de toma de decisiones de nuestra diócesis, parroquia o comunidad? Verifiquemos la sinodalidad en nuestros entornos y estructuras y aprovechemos las aportaciones del Informe de Síntesis de la XVI Asamblea General del Sínodo, así como otros materiales y subsidios que nos llegarán a través de la Secretaría General del Sínodo.

FERNANDO CORDERO MORALES, SS.CC.

Introducción a la Revisión de Vida

La Iglesia ha recibido del fundador de la JOC, el cardenal Joseph Cardijn, la Revisión de Vida (RdV), un método que ejercita *el sentido de la fe* (*sensus fidei*) recibido en los sacramentos de la iniciación cristiana (bautismo-confirmación y Eucaristía), y que ayuda a escuchar la realidad, a preguntarse y fijarse en la experiencia vivida y en la realidad con la que te encuentras, a no tener miedo a hacerse preguntas, a contextualizar la fe en una cultura, a comprender mejor la realidad para transformarla. Un método que ayuda a discernir, verbo que demasiado a menudo se pasa por alto a la hora de afrontar nuestras decisiones y prioridades. Un método que te hace salir de la pereza y de la resignación y



Joseph Cardijn, fundador de la JOC

te prepara para la lucha por el Reino de Dios con la armadura del Evangelio y la espada del Amor.

Los tres pasos de la RdV

La RdV ayuda a descubrir lo que Dios tiene preparado para los que ama (1Cor 2,9). Ayuda gracias a la acción del Espíritu que penetra lo más profundo de Dios (1Cor 2,10). Es lo que podemos ir saboreando a través de los tres pasos de la RdV.

1. Ver

El *Ver* de la RdV ejercita la facultad de escuchar la Palabra, de mirar la acción de Dios en la historia, de contemplar la realidad como la ve Dios, de hablar de la propia vida y acción como Jesús

habla, desde la experiencia de Dios y desde la esperanza. Si miramos la realidad tal como Dios la mira, no la rechazaremos nunca, la aceptaremos tal como es, con su autonomía, con su bondad (recordemos que Dios lo ha creado todo bueno y que nos ha situado en un lugar bueno: Gn 1). Dios no mira la realidad como querría que fuera, Él ama con la esperanza de que cambie, de que mejore, de que se transforme por la novedad del Evangelio y fermenta por la semilla del Reino.

2. Juzgar

El *Juzgar* de la RdV sitúa delante la presencia de Dios en Jesús, la parábola de Dios. La palabra de Jesús no es una palabra más, no es un elemento más del discernimiento, es una palabra significativa, que atraviesa el corazón, *es viva y eficaz* (Heb 4,12), es la espada del Espíritu (cf. Ef 6,17), es el elemento decisivo del discernimiento, actúa eficazmente en el que cree (cf. 1Te 2,13). El *Juzgar* nos sitúa, como a Moisés, delante de una zarza que arde, pero no se consume (cf. Ex 3,2), nos hace revivir la experiencia de Isaías en el santuario (cf. Is 6) y de los discípulos el día de Pentecostés (cf. Hch 2); por eso, de este encuentro sale la misión a todos los pueblos, a fin de que escuchen proclamar en su propia lengua el único Evangelio (cf. Hch 1,8; 2,11). Los militantes, convocados en torno a la Palabra de Dios, son enviados con la fuerza de Dios, que los acompaña en su vida y misión. Y ciertamente, en el momento del *Juzgar*, es importante reconocer que es Dios quien se deja conocer y se hace conocer en Jesús. Por eso es importante hacer experiencia del silencio; del silencio que los profetas experimentan delante de Dios. El *Juzgar* es un espacio de vigilia, de estar a punto, con el cuerpo ceñido y las luces encendidas (cf. Lc 12,35) porque el Señor nos visita; es un espacio de humanización y cristificación, es decir, el hecho de adherirnos a Cristo (Hombre y Dios al mismo tiempo) e identificarnos con Él nos asemeja a Dios sin dejar de ser verdaderamente humanos, dado que Dios se ha unido

al ser humano en Jesús sin dejar de ser verdaderamente Dios; y es un espacio de adoración, porque dejamos que Dios sea y lo reconocemos como el único Señor y Soberano de nuestra vida e historia.

3. Actuar

El *Actuar* de la RdV es muy sencillo una vez hemos visto al Señor (cf. Lc 24,33-35; Jn 20,18.25). El encuentro con el Señor cambia nuestras vidas (recuérdese Zaqueo y el criminal crucificado en el evangelio según Lucas; la samaritana y el ciego de nacimiento en el evangelio según Juan; el ciego Bartimeo en el evangelio según Marcos; el Levita en el evangelio según Mateo). Pero, además, el encuentro con el Señor nos hace testimonios, véase en los relatos de la resurrección. Con todo, Jesús no nos deja solos en el testimonio (cf. Mt 28,20), coopera en nuestra vida y acción (cf. Mc 16,20) apuntando y haciendo posible la presencia del Reino. La misión y el testimonio tiene que asumir la cruz, el fracaso, el rechazo, para que el miedo no nos paralice (cf. Mc 16,8). Es interesante el relato de Lucas: las mujeres, para convertirse en testigos, tienen que recordar primero la palabra de Jesús, que fundamenta su fe y su testimonio (cf. Lc 24,9). En el *Juzgar* hemos recordado la palabra de Jesús, ahora y aquí no necesitamos ninguna aparición de Jesús para convertirnos en testimonios. En efecto, recordar la palabra de Jesús nos lleva a la acción, a anunciar que lo hemos encontrado, a testimoniarlo vivo y presente, como las mujeres seguidoras de Jesús (Lc 24,10).

Ser fieles al método

La fidelidad al método es importante para que la fe en la que Dios habla y se encarna interactúe con la experiencia que se hace, y resplandezca tanto el Sí de Dios en Jesucristo (el cumplimiento de la Escritura, la misma presencia de la Palabra de Dios, el encuentro con Dios en el corazón de la vida y de la historia), como nuestro *Amén* (2Cor 1,20). El método de la RdV tiene un ritmo y un proceso, y hay que respetarlos. No podemos pasar al *Juzgar* sin haber apuntado las causas. Cuando apuntemos las causas no debemos apuntar al culpable, sino que debemos apuntar hacia la luz que nos transfigure, hacia la acción del Espíritu, que penetra lo más profundo de Dios (1Cor 2,10), y de esta manera descubrir la llamada de Dios a la conversión, para que no vuelva a suceder (cf. Lc 13,1-5). Tampoco podemos pasar al *Juzgar* perdiendo de vista lo que se ha descubierto en el *Ver*. Y no podemos apuntar el *Actuar* sin

pasar por el silencio profético (escuchar la voz de Dios), sin encontrarnos con Jesús, que nos cura y alivia, y que nos pide: *¿Qué quieres que haga por ti?* (Lc 18,41); ciertamente, no podemos pasar sin escuchar la invitación de Jesús resucitado: *No tengáis miedo. Id a anunciar a mis hermanos que vayan a Galilea. Allí me verán* (Mt 28,10). Y finalmente, no podemos comenzar el *Ver* sin aceptar la realidad tal y como es, sin confiar en Dios y sin tener ninguna esperanza en el proceso, en el encuentro con el Señor.

Es necesario conducir la RdV con la mirada fija en Jesús y con el calor de una multitud de testigos (Heb 12,1-2). Además, se necesita tener presente que la Palabra y el Evangelio escuchados los recibimos, no los inventamos, los recibimos por el ministerio apostólico (obispos, presbíteros y diáconos). Tampoco el estilo de Jesús es una ética y punto.

Realizar los tres pasos metódicamente

El método inicia en el descubrimiento del Dios que se revela, habla y actúa.

El método educa en la mirada desde el amor y en la lectura creyente de la realidad (*Ver*), en el discernimiento y en el silencio profético (*Juzgar*), en el testimonio y en el anuncio explícito (*Actuar*).

El método no impone ninguna ideología, sino que invita a adherirse más y más a Jesús, a mantenerse unido a Jesús, como los sarmientos a la vid, para dar fruto (cf. Jn 15,1-10); es decir, alimenta y sostiene la espiritualidad de los militantes.

El proceso del *Ver* favorece el clima adecuado para acoger el hecho elegido, captar el núcleo fundamental, y mirarlo con la mirada de amor de Dios. El momento del *Juzgar* facilita la ocasión para posicionarse ante el hecho observado (y no quedarse en dar consejos) para exponer la postura de las otras personas y colectivos...; y se pasa al espacio donde la Palabra llena el

silencio, confrontando nuestra palabra y la de los otros con la Palabra de Dios. Y el *Actuar* pone en solfa la Palabra de Dios en la vida y en la acción, con la finalidad de convertirse en colaboradores de la obra de Dios (cf. 2Cor 6,1), a fin de reflejar la gloria de Dios. Además, el *Actuar* expresa agradecimiento y alegría por lo que se ha descubierto (cf. Tb 13).

La RdV, una experiencia también sacramental

La fidelidad al método de la RdV posibilita el hacer una experiencia de índole sacramental y también de índole escatológica. Expliquémonos: el capítulo sexto del evangelio de Juan narra una experiencia de índole sacramental, donde la recepción, desde la fe, de la Palabra recibida (Jesús mismo), y a la cual el Padre atrae (Jn 6,44), lleva a hacerse alimento y alimentarse sacramentalmente (Eucaristía). El método de la RdV posibilita narrar la recepción en la fe del ausente presente en la Palabra acogida, a fin de ser atraídos por el Padre en la recepción sacramental del presente ausente en la Eucaristía. En el evangelio según Mateo se narra otra experiencia de índole sacramental: la garantía de la presencia de Jesús en medio de los reunidos en su nombre cuando se ponen de acuerdo (cf. Mt 18,19-20), experiencia narrada también por Lucas en la llamada asamblea de Jerusalén (cf. Hch 15), cuando

los reunidos en nombre del Señor relacionan la vida, vista con la mirada de Dios, y la Escritura, reconocida como Palabra de Dios, y se ponen de acuerdo (Hch 15,22,28). Es cierto que, en la RdV, cuando todos se ponen de acuerdo en la palabra acogida, y a la vez confrontada con la vida y acción desde la fe, se ve como en filigrana la presencia del Resucitado. Y finalmente, la experiencia de índole escatológica es posible por la prueba de eternidad que se hace cuando se mira desde el amor (es decir, desde la mirada de Dios), cuando se reconoce la voz de quienes buscamos desde el amor y la fe (cf. Jn 20,16), cuando se hace lo mismo de siempre, pero contando con Jesús resucitado (cf. Jn 21,1-7), cuando se descubre que Cristo vive entre nosotros (cf. Gal 2,20). En otras palabras, el método de la RdV ayuda a hacer una cata del amor de Dios, que *no pasará nunca* (1Cor 13,8).

CELEBRAR LA FE EN EL CORAZÓN DE LA VIDA

La liturgia contribuye a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza de la Iglesia (cf. SC 2). Sin pretensiones, y a propósito del seminario y la asamblea del Movimiento de Trabajadores Cristianos de Europa que hemos celebrado en Barcelona del 21 al 24 de septiembre de 2023, os presento algunos puntos sobre cómo expresamos y manifestamos nuestra vida y nuestra experiencia cristiana en la liturgia de los movimientos apostólicos en el mundo obrero.

Cuando hablamos de celebraciones, a menudo solo hacemos referencia a actos de culto. Me atrevo a afirmar, sin embargo, que la Revisión de Vida también es una celebración. Hacemos el ver, el juzgar y el actuar, y en algunos grupos y países se añade otro paso: el celebrar. Celebramos la vida y el paso de Dios por la vida. Más formalmente a menudo empezamos y terminamos la RdV con una oración, a veces inventada a partir de un hecho de vida. Pero la oración a la que doy más valor es aquella en la que orábamos la reunión realizada: dábamos gracias por las convicciones afianzadas, por las llamadas a la conversión, por la alegría de sentirnos comunidad en el movimiento, unidos a los demás movimientos en el mundo obrero. Frecuentemente, la Palabra de Dios enriquecía este último paso.

Nos ha ayudado a sentirnos Iglesia, especialmente en las celebraciones de la Eucaristía del domingo, la lectura de los mismos textos que toda la Iglesia proclama. Era un modo de ampliar la mirada para descubrir a Dios en toda su riqueza y contemplar su paso por la vida. Escuchar una Palabra que se nos regalaba era una oportunidad para acoger el rostro poliédrico de Dios. Nos abríamos a la diversidad de Dios y a la diversidad de la vida, y abandonábamos el uso de la Biblia como recetario y acogíamos la novedad constante de la Palabra de Dios. En algunas zonas compartimos la Eucaristía dominical con la parroquia donde hemos hecho un Estudio de Evangelio.

Para los movimientos adultos de Europa, el latín continúa siendo una lengua franca para orar en común y también las canciones más conocidas de la comunidad de Taizé. Cada uno reza el padrenuestro en su lengua, y hacemos lo mismo con la oración de los fieles, aunque la respuesta es común. Las lecturas se leen en lenguas diferentes y las damos por escrito en cada lengua. En relación con la plegaria eucarística, también usamos las diferentes lenguas.

Celebramos el principio y el fin de curso, Navidad y Semana Santa. En la Eucaristía que compartimos ponemos sobre el altar los proyectos para

el curso que empieza, y a final de curso damos gracias por la riqueza vivida en los equipos y en las acciones llevadas a cabo, y agradecemos el testimonio de vida cristiana y militante de los compañeros y compañeras que descansan en paz. Completamos esta celebración con una comida comunitaria festiva. Por Navidad es costumbre hacer una celebración numerosa y festiva con las familias de los militantes. Pero es especialmente rica en signos y de contenido

la Semana Santa, donde las diferentes zonas afinan la creatividad para celebrar con profundidad y sin prisas el misterio de la muerte y resurrección del Señor.

Como toda la Iglesia, expresamos que Jesucristo nos envía y, como los setenta y dos, cuando volvemos para encontrarnos con él, le explicamos lo que hemos hecho por el poder de su nombre (cf. Lc 10,17), y lo celebramos.

JOSEP JIMÉNEZ MONTEJO

NUEVA SECCIÓN FIJA 2024

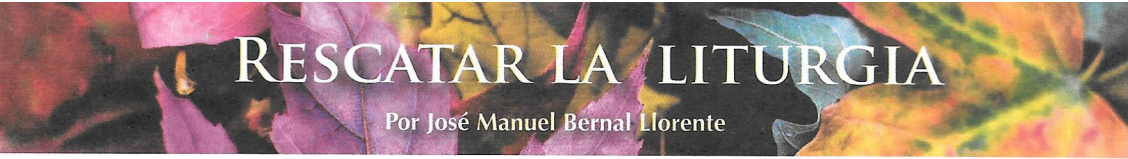
Empezamos un año, y así empieza también una nueva edición de la sección fija. En primer lugar, agradecemos al doctor Gabriel Seguí que, en los 16 números de 2023, ha desglosado la Carta apostólica sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios *Desiderio desideravi*.

En este sentido, continuando con el compromiso de trabajar para formarnos en la liturgia, os presentamos un nuevo autor para este año 2024: José Manuel Bernal Llorente. Nacido en Alfaro (La Rioja), estudió liturgia en el Institut Supérieur de Liturgie de París y en el Angelicum de Roma. Ha colaborado en numerosas publicaciones y artículos con el Centro de Pastoral Litúrgica.

Concretamente, ofrecemos una recopilación de artículos de su libro *Rescatar la liturgia* (Emaús 160, CPL 2019), que nos ayudarán a reflexionar sobre la celebración litúrgica y sus elementos. Él mismo describe sus artículos:

Los escritos que contiene esta obra son artículos breves, incisivos, que plantean preguntas o intentan responder a cuestiones candentes del momento, referentes siempre al ámbito de la celebración litúrgica. No se trata de estudios sesudos, de alta investigación; ni se presentan con el rigor de un tratado académico. Son artículos sencillos, sin pretensiones científicas especiales. Lo cual no quiere decir que estos escritos, aunque breves, carezcan de apoyo doctrinal o rocen la superficialidad. Son, más bien, el resultado de largos años de estudio y de docencia. En estos tiempos en que la liturgia no goza entre nosotros de buena salud, mi principal deseo es que este libro ayude a revitalizar la celebración en el seno de nuestras iglesias.

Deseamos que sus reflexiones y apuntes iluminen nuestra formación litúrgica y la de todas las personas que participan de la celebración litúrgica de la Iglesia.



RESCATAR LA LITURGIA

Por José Manuel Bernal Llorente

Siempre tenemos algo que celebrar

La necesidad de celebrar es algo connatural al hombre. Porque en la celebración alimentamos nuestra memoria, al recordar los grandes eventos del pasado, los que nos han configurado como pueblo y como personas. En la celebración ahondamos en nuestras raíces y recomponemos el núcleo de nuestra propia identidad. En la celebración, además, espoleamos nuestra esperanza. Porque la fiesta nos hace soñar e imaginar tiempos nuevos, futuros maravillosos; la fiesta nos permite también experimentar con nuestros gestos rituales, con nuestras danzas, con nuestro júbilo y nuestros cantos, la riqueza indescriptible de ese futuro que soñamos.

Celebramos el rodar de las estaciones. También los acontecimientos de la vida, los que han ido tejiendo nuestra historia personal y comunitaria, constituyen un motivo importante para celebrar y hacer fiesta. Celebramos el nacimiento de nuestros hijos y el aniversario de esos eventos, que salpica las fechas del calendario; celebramos y conmemoramos el día de nuestro enlace matrimonial, cuando iniciamos una nueva vida en pareja; celebramos los aniversarios

de nuestros padres y abuelos. Estas celebraciones conmemorativas nos llenan de emoción y de alegría. Hay otras celebraciones, sin embargo, que llenan nuestro corazón de tristeza y de luto. Me refiero a la muerte de nuestros seres queridos y al aniversario en que conmemoramos esos acontecimientos luctuosos. También estos eventos, que llenan nuestro corazón de tristeza, son objeto de celebración.

En el mundo de lo religioso también tenemos importantes motivos para celebrar. Los cristianos, al reunirnos para hacer fiesta, no celebramos ideas sublimes o las grandes expresiones del pensamiento filosófico. Desde el principio, los cristianos nos hemos reunido para celebrar el triunfo de Jesús sobre la muerte, su triunfo sobre el mal y la injusticia, su resurrección gloriosa y su vuelta al Padre. Porque sabemos que él, a través del acontecimiento pascual, se ha constituido en el hombre nuevo, en el primogénito de muchos hermanos, en la primicia de una humanidad regenerada y salvada. Por encima de todo, eso es lo que celebramos. Ahí está el motivo de nuestra alegría y de nuestra acción de gracias.

BENDICIONES

La liturgia nos hace un bonito regalo de inicio de año con la lectura de Números 6,22-27, la primera de la misa de la Solemnidad de la Madre de Dios. En medio de las leyes que el libro de los Números va detallando, Dios propone a su pueblo una «fórmula» de bendición, cuyo contenido es la expresión cordial de los mejores buenos deseos mutuos entre los miembros del pueblo. Una verdadera base para la convivencia y la paz bajo la mirada amorosa de Dios.

Es muy significativo cómo Dios termina estas palabras que dirige a Moisés: «Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel y los bendeciré». Dios ofrece «su nombre» para que sea usado para el bien. Es la otra cara del segundo mandamiento, con el que Dios nos pide que no le manipulemos «el nombre» para engañar a alguien por propio interés. El hecho de que Dios dé al pueblo una fórmula de bendición es para que los miembros de este pueblo la usen en sus relaciones, en su día a día, y no para ser enmarcada y colgada en una pared (que también está bien). En este sentido, hay un gran contraste entre los que hemos nacido en el viejo continente –desde donde escribo– y

las personas que llegan de América Latina, que siempre tienen en los labios, a punto de ser pronunciadas, palabras de bendición para dirigir a sus interlocutores.

En el ámbito público de nuestra sociedad hemos eliminado cualquier referencia religiosa. Quizá nadie lo ha impuesto; no obstante, algunas personas se ofenden cuando alguien manifiesta su identidad creyente en el espacio público.

La lectura del libro de los Números manifiesta la voluntad de Dios de que nos deseemos mutuamente su bendición para la buena convivencia, para gozar de la paz. Esto debería hacer que nos replanteemos nuestro estar en el mundo. ¿Por qué no aprender, de quienes lo hacen con naturalidad, la práctica de bendecir a los demás? Siempre con el máximo respeto al nombre de Dios, que no nos está permitido usar para organizar reconquistas o para aparentar un supuesto buenismo vinculado a una supuesta fe –hipocresía que, con razón, muchos han rechazado siempre–. Si lo hacemos, que sea una expresión sincera de los mejores deseos para los demás. Con delicadeza. Con mucha sencillez.

JOSEP MARIA ROMAGUERA BACH

Centre de Pastoral Litúrgica

 Diputació 231 - 08007 Barcelona

 933 022 235  cpl@cpl.es - www.cpl.es

ua +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

Año LVI

Suscripción anual: 102,50 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975